

SUMARIO

TEXTO.—Nuestros grabados.—*Mi prima Andrea*, por don Angel R. Chaves.—*San Marcos*, 3, 3.º (continuación), por don Eduardo López Bago.—*Experimento del propulsor de reacción*.

GRABADOS.—*Marinos precoces*, cuadro de A. Edelfelt.—*¿Me ama?* cuadro de Scalbert.—*Músicos ambulantes*, cuadro de L. Sturtz.—*La pescadería*, cuadro de Héctor Tito.—*Un rato de conversación*, cuadro de E. Rau.—*Susana y los dos viejos*, cuadro de Jacobo Favretto.—*Experimento del propulsor de reacción* (véase la página 320.)

NUESTROS GRABADOS

MARINOS PRECOCES, cuadro de A. Edelfelt

Esos tres rapaces están predestinados para el mar, son verdaderos marinos en miniatura; son más que esto, son constructores de naves. Su cuna ha sido un esquife batido por las olas; sus pies se han encallecido tempranamente pisando la tostada arena de la playa; sus ojos han recorrido la inmensidad siguiendo la vela del buque que se hundía en el horizonte, ó el humo del vapor que semejava otra nubecilla en el espacio.

A puro visitar buques, han dominado la construcción naval en miniatura; pero el tamaño importa poco cuando la obra es maestra. ¿Lo será la de nuestros precoces marinos? Pronto saldrán de dudas, pues la embarcación liliputiense va á ser botada al agua.

En este lienzo, que en tipos y en lugar de la escena se halla ajustado á la más estricta verdad, ha demostrado el pintor que sabe llevar el realismo á los límites últimos del arte, sin despojar á las obras de esa dulce poesía que trasciende hasta de las más vulgares escenas de la vida, cuando las trata el verdadero talento.

¿ME AMA? cuadro de Scalbert

Sin duda por lo simpático del asunto ha sido tratado por distintos pintores. La juventud, la hermosura y el amor, si tienen que consultar á un oráculo, no pueden encontrar otro más adecuado que el oráculo de las flores. De aquí el cuadro de Scalbert: una flor de la sociedad deshoja una flor de los campos; según cual sea el número de hojas que queden prendidas, será correspondido ó no el amor de la joven. El razonamiento es poco cuerdo; mas pedir al amor que esté exento de preocupaciones ridículas, es mucha exigencia.

Este lienzo causa grato efecto: la figura de la protagonista está bien ejecutada y no carece de expresión. Menos la tiene la de su acompañante, que parece poco interesado en el éxito de la prueba. De seguro no es el amante de la joven; pero puede ser su marido, y en este caso de fijo abriga la seguridad de que la nave de su dicha conyugal surca el mar de la vida con la misma tranquilidad con que la piragua que conduce al joven matrimonio se desliza por el manso lago de la agradable quinta.

MÚSICOS AMBULANTES, cuadro de L. Sturtz

He aquí un asunto que nos atrae, que merece toda nuestra simpatía, porque, bajo una forma correcta, contiene un pensamiento eminentemente noble y sentimental. La fatiga, la necesidad tal vez, ha rendido á dos seres muy desgraciados. Mas, ¡cuán distintos son en ellos los efectos de una misma causa!... La joven se ha dormido: su hermoso semblante aparece tranquilo, risueño, porque la juventud es la vida y la esperanza, y en temprana edad no hay pena que enlute el cielo hasta tal grado que no quede en él un punto por donde llegue á la tierra un rayo de sol. El anciano, por el contrario, vela el sueño de su hija; el insomnio se junta á la fatiga, porque la vejez no es pródiga en ilusiones, y, á pesar de los esfuerzos de la naturaleza, el poder superior de un presentimiento terrible le obliga á una vigilia interminable, la vigilia del que custodia un tesoro que le consta han de asaltar bandidos.

De esta situación resulta un grupo altamente interesante, bien sentido y saturado de una pena que se comunica al espectador. El tinte dominante en el cuadro es la melancolía: los pobres músicos ambulantes verifican á pie su penoso viaje y la población se halla muy distante. Habrá de despertar á la pobre niña; habrá que llamarla á la realidad de la triste vida y obligarla á cantar, á reír, á gestionar para complacer á unos cuantos bobalicones, á los cuales tenderá la trémula mano en demanda de una limosna que la sonrojara... ¡Ah! Siempre la miseria es triste cosa, pero cuando se cierne sobre la juventud y la hermosura constituye el más difícil y horrible de los problemas sociales.

LA PESCADERÍA, cuadro de Héctor Tito

Se ha observado en la última Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Venecia, la tendencia de muchos artistas á reproducir escenas populares de la antigua reina del Adriático. No es ciertamente extraño que así suceda, porque el arte tiende á la naturaleza y aquella que más rodea al pintor debe excitar su inspiración más continuamente. Pero sin negar que todos los asuntos, absolutamente todos, caen bajo el dominio del arte, preferiríamos que sus ilustres profesores lo elevaran hasta en la misma elección de esos asuntos. No basta que éstos digan algo á los ojos, es necesario que exciten algún sentimiento; y por nuestra parte, lo confesamos con ingenuidad, nada nos dice ni nos hace sentir la vista de una pescadería, siquiera sea un modelo de ejecución, como la de Tito. Conocemos el lugar de la escena, que está fielmente reproducido; admiramos la feliz expresión de esos tipos perfectamente caracterizados; no regateamos nuestros elogios al buen dibujo, y feliz combinación de la obra, y hasta convenimos en que los pescados pueden ser un portento de verdad. Pues bien, así y todo, no podemos comprender que el genio emplee sus facultades extraordinarias, divinas, en pintar lienzos que, cuanto estén mejor realizados, más han de precisarnos á que nos tapemos las narices al contemplarlos. Quizás, y hasta sin quizás, nuestro pudor será un pudor exagerado; pero es hijo de nuestro amor al arte, amor verdadero, ideal como el arte mismo, y por ende tanto más respetuoso cuanto es más intenso. La naturaleza es vasta y es varia: el arte es la aspiración continua hacia lo bello; reproduzca el pintor la parte bella ó la parte sublime de esa naturaleza, y no poco contribuirá con ello á formar el buen gusto de sus conciudadanos.

UN RATO DE CONVERSACIÓN, cuadro de E. Rau

El buen soldado ha nacido para la guerra. Por esto cuando no se la hace á los hombres, procura hacérsela á las mujeres. Cierzo es que los resultados no son idénticos en uno y otro caso, ni tampoco tiene relación alguna la táctica que se emplea en una y otra clase de lides; pero al fin y al cabo á entrambos triunfos hemos convenido en llamarles conquistas, y ya de Marte se cuenta que lo mismo servía para un barrido que para un fregado. Así lo ha entendido Rau al pintar el cuadro que publicamos, en el cual es de ver el apuesto soldado poniendo sitio al corazón de una bizarra moza, que por de

pronto no parece muy inquieta. Verdad es que todavía no han funcionado los cañones de grueso calibre; pero esa niña ignora que, como dijo el gran Vaubán, plaza sitiada es plaza tomada.

SUSANA Y LOS DOS VIEJOS, cuadro de Jacobo Favretto

Un viejo verde será siempre un ente ridículo. Dos viejos verdes tentando la virtud de una joven serán, antes y ahora, dos miserables á quienes nunca castigará bastante el pincel del artista. Favretto se ha encargado de dar vida á este asunto, que otros pintores han tratado igualmente, y lo ha hecho con singular donosura. A su vista, el público, erigido en Salomón ante los seductores de la nueva Susana, les condena con razón sobrada al más soberano desprecio.

MI PRIMA ANDREA

I

Lo que es como bonita, ¡vaya si lo era! Su frente alta, aunque un tanto deprimida, su nariz respingadilla y de alas ligeramente contráctiles, su boca en que lo delgado de los labios no perjudicaba en nada á lo atrevido de aquella comisura movediza é incopiable que algunas veces se pudiera tomar por la última línea del pentágono de su ironía, y sobre todo el fruncimiento especial de sus arqueadas cejas daban á su rostro esa gracia picaresca que es la eterna desesperación de cuantos se empeñan en buscar la belleza en las justas proporciones. Y, sin embargo, en aquel rostro picante de color y lleno de luz, había una sombra que al par que admiraba producía un inexplicable escalofrío. Aquella sombra eran dos magníficos ojos, de un color negro con reflejos azulados como las alas de un cuervo y de mirada profunda y llena de abismos como el mar.

Mi tío la quería con ese cariño de las madres á quienes ha tocado en suerte desempeñar á la par las funciones de padre y las de madre; pero, aunque constituían su más sabroso encanto las travesuras y agudezas de Andrea, solía á las veces acontecer que de hito en hito se quedaba triste y meditabundo. Esto pasaba principalmente cuando tomándola en sus rodillas, ni más ni menos que cuando tenía seis años, llevaba instintivamente sus huesosos dedos á la gallarda cabeza de la muchacha y sin cuidarse de respetar los primores artísticos de su peinado, armaba allí un tecleo parecido al de un organista que tiene que habérselas con un instrumento rebelde. Entonces murmuraba: «¡Estas protuberancias! ¡Estas protuberancias!» y haciendo un significativo movimiento de duda quedaba sumido en un como á modo de doloroso éxtasis de que no salía hasta que un inopinado aviso le hacía montar en su caballo, del que como del de Gonela pudiera decirse *tantum pellis et ossa fuit*, y se iba á asistir á algún pulmoniaco de Valsombreda ó á sacar de su cuidado á alguna parturienta de Fombrenosa.

La mejor prueba de que mi tío compartía conmigo el cariño que á su hija profesaba es que complaciéndose en acariciar la idea de uniros con el santo lazo del matrimonio, no sólo me dejaba en completa libertad de requerirla de amores sino que alentaba mi natural timidez y me hacía poner colorado como una cereza cuando entre burlas y veras ponderaba mis cualidades físicas y morales y la decía que no era poca su suerte al haberla deparado el cielo un marido que más de cuatro la envidiarían.

Ella, merced á las desigualdades de su carácter, unas veces estaba tan expresiva conmigo que me persuadía de que yo solo podía hacerla feliz y otras en cambio se mostraba tan esquiva y despegada que llegaba á dudar si sólo por complacer á su padre admitía mis obsequios. Esto en un principio me hacía cavilar y ponerme triste y meditabundo, pero al cabo me llegué á acostumbrar de tal modo á su manera de ser que ni la más leve sombra de desconfianza alteraba la paz de mi ventura.

II

En tal estado se hallaban las cosas cuando una mañana, precisamente la del día en que por cumplir yo los veinticinco años entraba en mi mayor edad, mi buen tío me llamó á su despacho y después de cerrar un librote en el que había pintadas una colección de cráneos y calaveras de las más extrañas formas, me hizo sentar á su lado y me habló así:

—Desde hoy entras en posesión de tus bienes y yo dejo de ser tu tutor. Esto no me preocupa gran cosa, pues conozco tu buen juicio y sé que no has de hacer tonterías; pero como al morir tu madre la prometí dejarte colocado dignamente, creo llegado el caso de hacerte una pregunta: ¿Estás dispuesto á casarte con Andrea?

La emoción que me embargaba no me permitió contestar. Mi única respuesta fué arrojarle en los brazos del que para mí había sido un padre y que en aquel momento realizaba el más dulce sueño de mi vida, y durante algunos segundos no se oyó en la estancia más que el rumor de nuestros mal comprimidos sollozos.

Una vez pasada aquella efusión, el digno médico continuó:

—Para empezar á arreglarlo todo sólo falta una fórmula. Y consultando su reloj, dijo llamando á la venerable anciana que hacía los oficios de ama de llaves:

—Andrea debe estar ya levantada, dígala V. que venga. Frotándose las manos alegremente estaba mi tío cuando de pronto la vieja volvió á entrar en el despacho con toda la precipitación que sus años permitían, y mostrando

el amojamado rostro descompuesto por el espanto, murmuró con la voz entrecortada por los sollozos:

—Señor, Andrea no está en su alcoba.

—¿Y qué?—murmuró mi tío con marcado desabrimiento.—Si no está allí búscala en otro lado.

—Lo peor no es eso, señor, —añadió la anciana,—sino que tampoco está en toda la casa y lo seguro es que ni en el pueblo tampoco.

El médico se quedó pálido como un cadáver, se pasó la mano por la frente, como para apartar de ella un pensamiento importuno, y dando tal empellón á su ama de llaves que por poco la hace caer, salió de su despacho con paso inseguro y dando tormento á su lengua al querer pronunciar una frase con que no acertaba.

Yo que le seguía como un perro sigue á su dueño, entré casi á la par que él en la alcoba de Andrea, aquel *sancta sanctorum* de la casa en que ni con el pensamiento había osado penetrar jamás. Allí el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos no dejaba lugar á la duda.

Sobre el lecho revuelto habían quedado algunas ropas; un artístico vargüeno que indudablemente servía de guarda-joyas á la muchacha mostraba abiertos y vacíos sus más secretos escondrijos; en el tallado armario de roble, que ocupaba uno de los testeros de la pieza, se notaba la falta de algunos vestidos que se debían haber cogido con la precipitación de una fuga; y como si todos estos indicios no bastaran, una escala de seda pendiente aún del alféizar de la ventana daba unas explicaciones que hacía innecesarias una breve carta que Andrea había dejado sobre la mesa de pies salomónicos que desempeñaba el papel de escritorio.

Al pasar los ojos por aquellos renglones hizo mi tío un esfuerzo como el que sintiendo interceptados los órganos vocales quiere romper á hablar, consiguiendo por fin prorrumpir en estas frases:

—¡Las protuberancias! ¡Las protuberancias!

Y como si aquel grito, salido del fondo del alma, hubiera agotado sus fuerzas, se desplomó sobre el pavimento como añoso tronco herido repentinamente por el rayo.

III

La enfermedad del atribulado galeno fué tan larga y penosa, que no me permitió abandonarle un momento durante largo espacio; así es que cuando entré en el período de la convalecencia ya me pareció tan imposible dar con la desdichada, causa de nuestras penas, como querer buscar una aguja en el fondo del mar.

Entre los dos parecía existir un tácito acuerdo para no nombrar nunca á Andrea, y sin embargo, acostumbrados á vernos continuamente, habíamos aprendido á leer en nuestros ojos y sabíamos que su recuerdo no se apartaba un punto de nosotros.

Lo peor sin embargo es que aunque cuidadosamente disimulado, nos separaba una especie de rencor. Las miradas de mi tío parecían estarme diciendo continuamente: *¿Por qué no has corrido á buscarla?* y las mías clavándose con lástima y con enojo en el enfermo, se hubiese dicho que repetían: *Y V., si conocía sus inclinaciones, ¿por qué no enderezó á tiempo el que ya nació torcido arbolillo?*

Una tarde por fin las hostilidades se rompieron. El enfermo, que ya se permitía salir de la estancia en que la fiebre le había retenido más de dos meses, estaba sentado á la sombra de un emparrado de la huerta sumido en sus cavilaciones, cuando de pronto encarándose conmigo murmuró con rudeza:

—Eres un ingrato.

—¿Por qué?—le pregunté un tanto amostazado.

—Porque ni en mientes te ha venido una vez siquiera hacer lo que ya hubiera yo hecho si mis malditas piernas no se negaran á arrastrar esta máquina en que ya no hay rueda sana.

Yo, que comprendí lo que con aquello quería decirme, me apresuré á objetar:

—¿Es que aun cree V. posible mi boda con Andrea?

—No, pero lo que creo es que ni tú ni yo tenemos derecho á guardarla rencor. La infeliz no tiene culpa de nada.

Aquellas palabras me hicieron perder el respeto que á mi interlocutor debía y sin ser dueño de mí contesté:

—Entonces el único culpable es usted.

—Esperaba ese reproche,—replicó con amarga resignación,—pero no creas que me ofende. La humanidad entera piensa como tú y seguirá pensando así mientras no tome en serio una ciencia que hoy llama charlatanismo y que sin embargo es el solo oráculo que puede darle la clave lo mismo de las grandes catástrofes de la historia que de los más ignorados dramas de la familia.

Por un momento creí que desvariaba y le miré con espanto. El comprendí sin duda y se apresuró á añadir mientras se golpeaba el cráneo:

—Todo el secreto está aquí. Suprime una protuberancia de la caja que encierra la masa encefálica de César, y Roma no saldrá de los límites de Roma. Enmienda una depresión del occipucio de Bonaparte y Waterloo en vez de una derrota será un triunfo. Es más, redondea la cabeza de Andrea y harás de ella una Lucrecia romana. Si hubiera conseguido quitar de mi cráneo esta maldita abolladura, de tales empresas sería capaz que contrarrestando las inclinaciones de esa desgraciada, á estas horas la tendríamos á nuestro lado haciendo mi ventura y la tuya.

Al decir esto de tal modo se animaba su pálido semblante, tal fosforescencia tomaban sus apagados ojos que tuve miedo. El medio que juzgué más acertado para cortar su sobreexcitación fué separarme de su lado, y pretextando